

Sermón Texto Marcos 5:21-43

Nuestro mundo actual, es un mundo de mucha agilidad y rapidez, nos estamos acostumbrando a obtener muchas cosas lo más rápido posible.

Cuando enviamos un WhatsApp, esperamos que en los siguientes segundos venga la respuesta. Cuando viajamos en el auto, y encontramos un poco de tráfico nos desesperamos porque perdemos tiempo, y si la SBB se retrasa 2 minutos nos desesperamos, o si nuestros invitados no han llegado después de 10 minutos nos desesperamos.

Y si nos referimos a los exámenes y diagnósticos médicos, la peor parte definitivamente es, la espera. Yo mismo viví esta situación hace una semana.

Piensa en un elemento más de la lista de cosas por las que no nos gusta esperar: ¿qué hay de Dios? ¿Has esperado alguna vez a que se responda a una oración o a que se atienda una necesidad? Entonces sabes de lo que estoy hablando. Esperar al Señor es más que frustrante; puede ser francamente desalentador. Puede parecer que la respuesta de Dios tarda mucho tiempo en llegar, o simplemente que no llega en absoluto. Esperar en el Señor es una prueba de fe.

Para los que no nos gusta esperar, nuestra lectura del Antiguo Testamento del tercer capítulo de las Lamentaciones es instructiva. Allí leemos sabidurías como: "*Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré*", (Lam 3,24). Y aquí viene una sorpresa: "*Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová.*" (Lam 3,26). ¿Es bueno esperar? Sí, porque también se nos recuerda que "*Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que lo busca*" (Lam 3,25); y "*antes bien, si aflige, también se compadece según su gran misericordia,*" (Lam 3,32).

Me gustaría que tuvieras presente estas palabras del Antiguo Testamento, porque las veremos cobrar vida en la historia de Jairo. Esta mañana, vamos a caminar con Jairo y Jesús y, a medida que el Espíritu Santo abra nuestros corazones para escuchar, veremos la verdad de nuestra lectura del Antiguo Testamento, que en la fe es bueno esperar.

Es decir, ES BUENO QUE UNO ESPERE TRANQUILAMENTE, LA SALVACIÓN DEL SEÑOR.

I.

En este día en particular, cuando nos encontramos con Jairo, éste no se encuentra en un buen momento. Su hija está enferma, gravemente enferma, de hecho. Siendo un gobernante de la sinagoga, un hombre de categoría y con cierta influencia, Jairo pudo haber tenido algunos recursos para conseguir el tipo de atención que necesitaba su hija. Pero, aparentemente, no se pudo hacer nada. Así que Jairo acudió a un tipo llamado Jesús, del que había oído que había curado a varias personas. Y cuando Jairo conoce a Jesús, empezamos a ver la profundidad de su necesidad. Jairo, un hombre prominente y con poder, dejó a un lado todo su orgullo y, en medio de una gran multitud, se puso de rodillas ante Jesús y le suplicó encarecidamente: "*Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y viva*" (v 23).

En ese momento, Jairo no era un hombre poderoso. Sólo era un padre que amaba a su hija. Era un padre que se enfrentaba a la realidad enfermiza de que no podía hacer nada por la persona por la que haría cualquier cosa. Cuando Jairo le habló a Jesús, estoy seguro de que quiso decir ¡ven ahora, por favor apresurate! La buena noticia es que Jairo, con fe, acudió al lugar correcto para pedir ayuda: Jesús. De nuevo, como está escrito para nosotros hoy, "*Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que lo busca*" (Lam 3:25). Jesús aceptó ir a la casa de Jairo. Comenzó su camino, y también el nuestro.

Muchos cristianos no tienen ningún problema en creer en el Señor con esperanza. El problema, por supuesto, viene en lo que sigue: la espera. De nuevo, aunque no estaba allí, diré por segunda vez que estoy seguro de que Jairo quería decir: "¡Ven conmigo ahora!". Sin embargo, parece que tan pronto como Jesús y Jairo empezaron a caminar hacia la casa, comenzó la espera. Entre la gran multitud que

se había reunido había una mujer que sufría de un trastorno hemorrágico. Llevaba doce años padeciéndola. Había gastado todo lo que tenía en el tratamiento, pero en vano. También ella miró a Jesús con fe y pensó: «Si toco tan sólo su manto, seré salva.» (v. 28). Así que lo hizo, y su fe en Jesús quedó demostrada. Tocó su manto y quedó curada. Jesús, al percibir su toque, miró a su alrededor para encontrarla, queriendo saber quién había tocado sus vestidos (v. 30).

¿Qué diferencia había? Ella ya estaba curada. Todas y cada una de las personas son importantes para Jesús. No sólo quería curarla físicamente, sino que quería hablar con ella y llevar la curación a su corazón, para llevarla más lejos y profundizar en su fe. Por eso, cuando ella se acercó, le dijo: "Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad." (v. 34). Su fe miraba y se aferraba a Jesús.

Traigo a colación este pequeño episodio porque me pregunto en qué estaría pensando Jairo. No lo sé con certeza, pero si fuera yo, imagino que habría tratado de alegrarme por la mujer. Pero, al mismo tiempo, habría pensado algo así como: "Venga, vamos. ¿A quién le importa? Mi hija está enferma; se está muriendo; no tenemos tiempo para esto.

Y entonces sólo puedes imaginar lo que pensó Jairo cuando se nos dice que, mientras Jesús seguía hablando, unos hombres salieron de la casa de Jairo y con tremenda insensibilidad soltaron: "Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?" (v 35).

Estas palabras probablemente hicieron caer a Jairo de rodillas, no con esperanza sino con un profundo dolor. He llegado demasiado tarde. He esperado demasiado tiempo. Y tal vez pensó: El Señor llega demasiado tarde; ¡ha esperado demasiado tiempo! Curiosamente, Jesús escuchó el anuncio de la muerte de la niña, pero se nos dice que lo ignoró. ¡Ignoró la muerte! Jesús se volvió y habló con Jairo y, me atrevo a decir, que dijo palabras para que nos aferremos a ellas cuando llegue el día de la prueba. Jesús dijo: "No temas, cree solamente." (v. 36).

II.

Podemos imaginarnos a Jairo sentado en medio del camino y diciéndole a Jesús "Gracias, pero mejor sigue tu camino. Siento haberte molestado". Pero es Jesús quien hace que Jairo se ponga de nuevo en pie y siga caminando con esas palabras llenas de fe divina: "No temas, sólo cree". Fue Jesús quien se aferró a Jairo durante todo el trayecto. Recordamos que la fe no sólo viene de Dios a nosotros, sino que tiene su verdadera sustancia y poder porque estamos en la mano bondadosa de Dios. Y Jairo se aferró. Su hija estaba muerta. Sin embargo, Jairo, con fe, se aferró a Jesús. Siguieron caminando hacia la casa.

Cuando llegaron, la reacción a la tragedia de la muerte de la niña estaba en pleno apogeo. El luto era total y la gente lloraba abiertamente y se lamentaba en voz alta. Pero Jesús, ante esta conmoción, se detuvo una vez más y anunció con calma: "La niña no está muerta, sino dormida." (v. 39). Esta afirmación hizo cesar inmediatamente el llanto, para sustituirlo por la risa. De la misma manera, el mundo actual se ríe de mucho de lo que dice Jesús. Los dolientes no tenían fe. Del mismo modo en que muchas personas se rien de nuestros sufrimiento y nuestra fe en Cristo.

Y ahora, demos los últimos pasos de este camino. Jesús, el Señor de la Vida, llevó a Jairo y a su mujer, así como a Pedro, Santiago y Juan, a la habitación donde yacía muerta una niña. ¿Qué se podía hacer aquí? Jesús simplemente se agachó, la tomó de la mano y le dijo: "¡Talita cumi! (que significa): "Niña, a ti te digo, levántate" (v 41). ¿Cómo respondió la niña muerta? "Inmediatamente la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años." (v 42). Ante esto, todos quedaron completamente asombrados. La espera había terminado. El Señor había respondido. El Señor había venido, y traía consigo la vida, la alegría y la paz. Es el Señor de la Vida, que no vino corriendo, ni viene nunca, corriendo a responder a la llamada de la muerte. En cambio, la muerte responde a él. A su tiempo. En sus condiciones.

Entonces, díganme ustedes: ¿en qué estaba pensando ahora Jairo? Alabado sea Dios por cierto. Pero me pregunto si, después de reflexionar un poco, a Jairo, el líder de la sinagoga que probablemente conocía bien sus Escrituras, le habrán pasado por el corazón un par de versículos. Por favor, piensa en Jairo y repite conmigo. "" *“Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré”*, y *“Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová”*.

III.

A todos nos llega el día en que una situación difícil nos duele el corazón y nos corta el alma. Tal vez se trate de una hija o un hijo o familiar que está enfermo, o que este en dificultades. Tal vez sea una dolencia a la que nosotros mismos nos enfrentamos, como la mujer de nuestro texto, tal vez una enfermedad crónica con la que hemos luchado durante años. O tal vez se trate de una relación rota que nos duele profundamente y nos produce una sensación de pérdida profunda.

Jesús se encarga a su tiempo de sanarnos y darnos vida, la mujer sufría una enfermedad física, Jairo sufría en su alma, Jesús sana tanto físicamente como nuestra alma, no temas solo cree.

Entonces recuerda a Jesús y a Jairo. En concreto, recuerda la cruz de nuestro Señor, en la que cerró sus ojos en nuestra muerte para que pudiéramos despertar a la vida eterna. Acuérdate de su resurrección como señal de que la muerte ha sido derrotada.

Acuérdate de estar en su Palabra de consuelo y de estar con él donde está presente con nosotros en su Mesa con la gracia en los momentos de necesidad. Recuerda que el Señor es bueno con los que le buscan. Recuerda que, aunque cause dolor, tendrá compasión según la abundancia de su amor firme. O simplemente puedes recordar lo que dijo Jesús: "No temas, sólo cree". Cree en el Señor de la vida y del amor, Jesucristo.

Esto no significa que Jesús vaya a resolver todos tus problemas terrenales en el tiempo y de la manera que tú quieras. A Jairo se le hizo esperar, porque Cristo tenía algo mejor en mente. A ti también te puede tocar esperar, y no sólo por un tiempo, sino tal vez por mucho tiempo. La respuesta de Dios a tu oración en esta vida puede ser el don de la resistencia, el aprendizaje de la paciencia y el ser testigo de los demás a través de tu sufrimiento. Pero manten tu fe, espera en silencio; él es tu porción. Porque Jesús murió por ti, quitando el pecado que te separaba de Dios, estás reconciliado con él. Él nunca te dejará ni te abandonará. Tu fe se sostiene en el lugar correcto.

En esta historia, persibimos el futuro, lo que nos espera en el Último Día y lo que ya es nuestro ahora por la fe en Jesús: la sanación perfecta y la resurrección de entre los muertos. Por la fe, esperamos el día en que él se acerque a nosotros en nuestra muerte y nos tome de la mano para despertarnos del sueño de la muerte. "Niña, a ti te digo, levántate". Por ahora debemos confiar y esperar, y luego esperar un poco más y confiar, y eso es algo bueno cuando estamos esperando tranquilamente la salvación del Señor.

Amén.